

cedía en casa del juez, por encima del jardín de los Mouret, gracias al declive de los terrenos.

—Ya verán ustedes como ni siquiera se dignarán verle—dijo entre dientes.

Se equivocaba. El Padre Fénil, volviendo la cabeza como por casualidad, se quitó el sombrero. Entonces todos los curas que allí se hallaban hicieron otro tanto, y el Padre Faujas devolvió el saludo. Luego, después de haber pasado lentamente su mirada, a diestra y siniestra, sobre las dos tertulias, dejó la ventana, y echó las blancas cortinas de discreción religiosa.

IX

El mes de Abril fué muy agradable. Por la noche, después de comer, los niños salían del comedor para ir a jugar al jardín. Como en la estrecha pieza se ahogaban, Marta y el cura acabaron también por bajar a la terraza. Sentábanse a algunos pasos de la ventana, abierta de par en par, fuera del crudo rayo con que rayaba la lámpara los grandes bojes. Allí, al caer la noche, hablaban de los mil cuidados de la obra de la Virgen. Esta continua preocupación de caridad ponía en sus conversaciones una dulzura más. Frente a ellos, entre los enormes perales del señor Rastoil y los castaños negros de la subprefectura, se veía un gran pedazo de cielo. Los niños corrían bajo las glorietas, al otro extremo del jardín; y entre tanto, cortas disputas en el comedor, levantaban las voces de Mouret y de madame Faujas, que se habían quedado solos, encarnizándose en el juego.

Y a veces Marta, enternecida, invadida por una languidez que casi hacía morir las palabras en sus labios, se detenía, al ver la estela de oro de alguna estrella fugaz. Sonreía, con la cabeza algo caída hacia atrás, y mirando al cielo.

—Otra alma del purgatorio que entra en el paraíso—musitaba.

Después, al ver que el cura se quedaba silencioso, añadía:

—Son creencias encantadoras, esas ingenuidades... Debería una ser niña siempre, señor cura.

A la sazón, por la noche, no repasaba ya la ropa blanca. Hubiera sido preciso encender una lámpara en la terraza, y Marta prefería aquella sombra, aquella noche tibia, en el fondo de la cual se hallaba muy bien. Además, salía casi a diario, lo cual la fatigaba mucho. Después de comer, ni siquiera tenía valor de tomar una aguja. Fué preciso que Rosa se dedicara a repasar la ropa, porque Mouret se quejó de que estaban rotos sus calcetines.

Marta estaba verdaderamente muy ocupada. Además de las sesiones de la junta, que presidía, tenía infinidad de cuidados, las visitas, las inspecciones. A madame Paloque encargaba la escritura y los cuidados menudos; pero sentía tal fiebre por ver funcionar por fin la obra, que iba al arrabal tres veces por semana, para cerciorarse del celo de los obreros. Como siempre le parecía que las cosas iban con lentitud, corría a San Saturnino en busca del arquitecto, riñéndole, suplicándole que no abandonara a sus hombres, hasta celosa de los trabajos que allí ejecutaba, y pareciéndole que la reparación de la capilla avanzaba mucho más deprisa. El señor Lieutaud sonreía, afirmándola que todo estaría listo en la época convenida.

El Padre Faujas declaraba también que nada iba bien. Impulsábala a no dejar un minuto de descanso al arquitecto. Entonces, Marta acabó por ir todos los días a San Saturnino. Entraba allí

con la cabeza llena de cifras, preocupada por las paredes que había que derribar y reconstruir. El frío de la iglesia la calmaba un tanto. Tomaba agua bendita y se persignaba maquinalmente, para hacer como todo el mundo. Entre tanto, los peñeros acabaron por conocerla y la saludaban; ella misma se familiarizaba en las diferentes capillas, con la sacristía, a donde iba dos veces en busca del Padre Faujas, con los grandes corredores, con los patinillos del claustro que le hacían atravesar. Al cabo de un mes, no tenía San Saturnino ni un rincón que ella ignorase. A veces le era preciso esperar al arquitecto; se sentaba en una capilla separada, descansando de su caminata demasiado rápida, repasando en su memoria las mil recomendaciones que pensaba hacer al señor Lieutaud; después, aquel gran silencio tembloroso que la rodeaba, aquella sombra religiosa de los ventanales, la sumían en una especie de ensueño vago y dulcísimo. Empezaba a amar las altas bóvedas, la solemne desnudez de las paredes, los altares adornados con sus paños, las sillas colocadas ordenadamente en hilera. En cuanto la forrada puerta volvía a cerrarse blandamente tras ella, era una sensación de reposo supremo, de olvido de las incomodidades del mundo, de anonadamiento de todo su ser en la paz de la tierra.

—En San Saturnino sí que se está bien!—se dejó decir una noche ante su marido, después de un cálido día de tormenta.

—¿Quieres que vayamos a dormir allí?—dijo Mouret riendo.

Marta se sintió ofendida. Aquella idea del bienestar puramente físico que experimentaba en la iglesia, la hirió como cosa inconveniente. No fué

ya a San Saturnino sin ligera turbación, esforzándose por permanecer indiferente, por entrar allí lo mismo que entraba en las grandes salas de la alcaldía, y a su pesar, sentíase sacudida por un escalofrío hasta las entrañas. Sufría, y volvía con gusto a su sufrimiento.

El Padre Faujas parecía no percatarse del lento despertar que la animaba cada día más. Seguía siendo para ella, un hombre atareado, complaciente, que dejaba el cielo a un lado. Nunca se veía en él al cura. No obstante, Marta le distraía de algún entierro. El Padre se llegaba a ella de sobrepelliz, le hablaba un instante entre dos pilares, llevando consigo un vago olor a incienso y a cera. A veces era para hablarle de la cuenta de un albañil o de un carpintero. El le indicaba cifras concretas, y se iba a acompañar al muerto, en tanto que Marta permanecía allí, distrayéndose en la vacía nave, en la que el perrero apagaba los cirios. Cuando el padre Faujas, atravesando la iglesia con ella, se inclinaba ante el altar mayor, Marta había adquirido la costumbre de inclinarse con él, al pronto sólo por el buen parecer; después, el saludo se había convertido en maquinal, y saludaba aun estando sola. Hasta entonces, esta reverencia era su única devoción. Dos o tres veces fué, sin saberlo, en día de gran ceremonia; pero al oír el ruido de los órganos, al ver la iglesia llena, había huido, asaltada de miedo sin atreverse a cruzar la puerta.

—¿Y qué?—le preguntaba a veces Mouret con su risita.—¿Cuándo haces tu primera comunión?

Y continuaba pinchándola con sus burlas. Marta no respondía nunca; clavaba en él los ojos fijamente, y en ellos se encendía una corta llama

cuando su marido abusaba. Poco a poco, Mouret se puso más amargo y no tuvo valor para burlarse. Después, al cabo de un mes, se incomodó.

—¿Está bien eso de meterse con la clerigalla? —gruñía los días en que no tenía preparada la comida.—Ahora estás siempre en la calle, y no se te puede ver una hora en casa... A mí me importaría poco si no anduviese aquí todo manga por hombro. Pero ya no tengo ropa zurcida, la mesa no está puesta a las siete, no se puede hacer carrera con Rosa y todo anda como Dios quiere.

Recogía un trapo que estaba por medio, guardaba una botella de vino olvidada, limpiaba con los dedos el polvo de los muebles, azuzando más y más su propia cólera, y gritaba:

—¡No me queda más que coger una escoba y ponerme un delantal! ¡Y serías capaz de tolerarlo, como si lo viera! ¡Me dejarías arreglar la casa sin siquiera fijarte! ¿Sabes que esta mañana he pasado dos horas arreglando la alacena? No, hija mía, esto no puede seguir así.

Otras veces, estallaba la riña a causa de los niños. Mouret, al entrar, había encontrado a Deseada "como un cerdo", sola en el jardín, boca abajo delante de un hormiguero, para ver lo que hacían en la tierra las hormigas.

—¡Es una dicha que no duermas fuera de casa! —gritaba a su mujer en cuanto la veía.—Ven a ver a tu hija. No he querido que se cambiara el vestido, para que goces de tan lindo espectáculo.

La niña lloraba como una Magdalena, mientras su padre la zarandaba en todos sentidos.

—¿Está bonita, verdad?... Así se ponen los niños cuando se les deja solos. No es culpa de la pobre inocente. Antes no te querías separar de

ella cinco minutos, porque todo lo destrozaba... Sí, lo destrozará todo, lo quemará y hará muy bien.

Después, cuando Rosa se había llevado a Deseada, continuaba Mouret durante horas y horas:

—Ahora vives por los niños ajenos... Ya no puedes cuidar de los tuyos... Se explica. ¡Ah! ¡Qué tonta eres! Descrísmarte por un hatajo de puercas que se burlan de ti, que van a citas a todos los rincones de los baluartes! ¡Ve una noche a pasearte por el lado del Mail, y verás con las faldas sobre la cabeza a esas bigardonas que quieres poner bajo la protección de la Virgen!

Tomaba aliento y proseguía:

—Por lo menos, vela por Deseada, antes de ir a recoger muchachas del arroyo... Lleva en el traje agujeros como el puño. Un día la encontraremos en el jardín con algún miembro roto... No te hablo de Octavio ni de Sergio, aunque quisiera que estuvieses en casa cuando vuelven del colegio. Tienen ocurrencias diabólicas. Ayer rompieron dos ladrillos de la terraza tirando petardos... Ya te digo que si no estás aquí, cualquier día nos encontraremos la casa por el suelo.

Marta se excusaba con pocas palabras: Había tenido que salir. Mouret, con su buen sentido burlón, estaba en lo cierto; la casa marchaba mal. Aquel rincón tranquilo, en donde tan dichosamente se ponía el sol, se tornaba chillón, abandonado, lleno de la desbandada de los niños, del mal humor del padre, de los diferentes cansancios de la madre. En la mesa, de noche, todo el mundo comía mal y se quejaba. Rosa hacía lo que le daba la gana. Además, la cocinera daba la razón a la señora,

Las cosas llegaron a tal punto que Mouret, un día en que se encontró a su suegra, se quejó amargamente de Marta, aunque sabía el gusto que daba a la vieja señora al contarle los disgustos de su casa.

—Me asombra usted—dijo Felicidad sonriendo.—Marta parecía temerle a usted; yo la encontraba hasta demasiado amable, demasiado obediente. La mujer no debe temblar ante su marido.

—Sí—exclamó Mouret desesperado.—Por evitar una disputa se habría metido bajo tierra. Una mirada bastaba; hacía lo que yo quería... Y ahora, ni por asomo; ya puedo gritar, que hace lo que se le antoja. No contesta, es verdad, no me lleva la contra, pero ya llegaremos.

Felicidad respondía hipócritamente:

—Si quiere usted, yo hablaré a Marta. Sólo que esto podría ofenderla. Esas cosas deben quedar entre marido y mujer... Yo no me apuro. Ya sabrán ustedes recobrar esa paz de que estaba usted tan orgulloso.

Mouret movía la cabeza, clavando los ojos en el suelo. Y repuso:

—No, no, yo me conozco; grito, pero no consigo nada. En el fondo, sol débil como un niño... Es un error creer que he tratado a mi mujer a la baqueta. Si ha hecho a menudo lo que yo quería, es porque le tenía sin cuidado, porque lo mismo le daba hacer una cosa que otra. Con su aire de humildad, es testarudísima... Pero en fin, yo trataré de cambiarla.

Después, levantando la cabeza:

—Mejor hubiera sido no hablar a usted de esto; no se lo diga usted a nadie, ¿verdad?

Al día siguiente, cuando fué Marta a ver a su madre, ésta aparentó tiesura al decirle:

—Haces mal, hija mía, en ponerte mal con tu marido... Le vi ayer y está exasperado. Ya sé que tiene cosas ridículas, pero esa no es razón para que abandones tu casa.

Marta miró fijamente a su madre.

—¡Ah! ¡Se queja de mí!—dijo con voz breve. —Por lo menos debería callarse; yo no me quejo de él.

Y habló de otras cosas; pero madame Rougon volvió a hablar de su marido, al preguntarle por el Padre Faujas.

—Oye una cosa. Quizá Mouret no quiere al cura, y te riñe por causa de él.

Marta se quedó sorprendidísima.

—¡Qué ocurrencia!—murmuró.—¿Por qué supone usted que mi marido no quiere al Padre Faujas? Por lo menos, nunca me ha dicho nada que me haga suponer semejante cosa. A usted no se lo ha dicho tampoco, ¿verdad? No; se equivoca usted. Si la madre no bajase a jugar con él, iría él por ellos arriba.

En efecto, Mouret no abría la boca con respecto al Padre Faujas. A veces le daba bromas un tanto pesadas. Le mezclaba en las burlas con que torturaba a su esposa, por causa de la religión. Pero nada más.

Una mañana gritó a Marta, mientras se afeitaba:

—Oye, hija mía; si alguna vez vas a confesarte, toma al padrecito por director. Siquiera que tus pecados se queden en casa.

El Padre Faujas confesaba los martes y los viernes. En dichos días, Marta procuraba no ir a San Saturnino, diciendo que no quería molestarle; pero más que a esto, obedecía a aquella es-

pecie de asustado pudor que la cohibía, cuando encontraba al cura en sobrepelliz, llevando en la muselina de ésta los olores discretos de la sacristía. Un viernes, fué con madame de Condamin a ver cómo estaban los trabajos de la obra de la Virgen. Los obreros estaban terminando la fachada. Madame de Condamin se quejó, encontrando el decorado mezquino, sin carácter; hubiera sido preciso hacer dos esbeltas columnas con una ojiva, algo joven y religioso a la vez, una obra de arquitectura que hiciese honor a la junta de damas patrocinadoras. Marta, vacilante, convencida poco a poco, acabó por confesar que efectivamente aquello sería muy pobre. Después, impulsaba por la otra, prometió aquel mismo día hablar con el señor Lieutaud. Para cumplir su palabra, antes de volver a su casa, pasó por la catedral. Eran las cuatro y el arquitecto acababa de marcharse. Cuando preguntó por el Padre Faujas, le respondió un sacristán que estaba confesando en la capilla de Santa Aurelia. Sólo entonces se acordó Marta del día que era, y murmuró que no podía esperar. Pero al retirarse, cuando pasó por delante de la capilla de Santa Aurelia, pensó que el Padre la habría visto tal vez. La verdad era que se sentía asaltada por una debilidad singular. Sentóse fuera de la capilla, al lado de la reja, y permaneció allí.

El cielo estaba gris, y la iglesia se llenaba de un lento crepúsculo. En las naves laterales, negras ya, relucían la estrella de una mariposa, el dorado pie de un candelabro, el manto de plata de una Virgen; y, enfilando la gran nave, un pálido rayo se movía sobre la pulimentada encina de los bancos y de las sillas del coro. Nunca hasta entonces había experimentado allí Marta tan gran-

de abandono de sí misma; las piernas le parecían como destrozadas; tenía tan pesadas las manos, que las juntaba sobre las rodillas, para no tomarse el trabajo de sostenerlas. Se dejaba deslizar a un sueño, en el cual continuaba viendo y oyendo, pero de un modo dulcísimo. Los leves ruidos que repercutían en la bóveda, la caída de una silla, el lento paso de una devota, la entretenían, adquirían una sonoridad musical que la extasiaba hasta el alma; en tanto que los últimos reflejos del día, las sombras que subían a lo largo de los pilares como cubiertas de sarga, tomaban para ella delicadezas de tornasolada seda, un desvanecimiento exquisito que la invadía, y en el fondo del cual sentía que se fundía y expiraba su ser entero. Después, todo se apagó en torno de ella. Y fué completamente feliz en algo de inefable e inominado.

El ruido de una voz la sacó de aquel éxtasis.

—Lo siento mucho—decía el Padre Faujas.—La he visto a usted, pero no podía abandonar...

Entonces Marta pareció despertarse sobresaltada. Le miró. El cura estaba de sobrepelliz, en pie en el moribundo día. La última penitente acaba de irse, y la iglesia vacía se hundía más solemne.

—¿Tenía usted que hablarme?—preguntó.

Marta hizo un esfuerzo tratando de recordar.

—Sí—murmuró.—No sé ya... ¡Ah! Es que a madame de Condamin le parece mezquina la fachada. Dice que harían falta dos columnas, en vez de esa puerta vulgar que no dice nada. Habría que poner una ojiva con ventanales. Sería muy bonito. ¿Comprende usted, verdad?

El la contemplaba gravemente, con las manos enlazadas sobre la sobrepelliz, dominándola, ba-

jando hacia ella su rostro serio; y ella, sentada aún, sin fuerzas para ponerse en pie, balbuceaba más, como sorprendida en un sueño de su voluntad que no podía sacudir.

—Sería un nuevo gasto, es verdad... Podríamos contentarnos con unas columnas de piedra blanda, con una sencilla moldura... Si usted quiere, hablaremos al maestro de obras, que nos dirá precios. Sólo que convendría arreglar antes su última cuenta. Son dos mil y pico de francos, según creo. Tenemos fondos, me lo ha dicho esta mañana madame Paloque... Todo puede arreglarse, señor cura.

Había bajado la cabeza, como oprimida por la mirada que sobre sí sentía. Cuando la levantó y halló los ojos del Padre, juntó las manos con el ademán de un niño que pide perdón, y prorrumpió en sollozos. El cura la dejó llorar, aun en pie, y silencioso. Entonces Marta cayó de hinojos ante él, llorando entre las cerradas manos, con las cuales se cubría el rostro.

—Levántese usted, se lo ruego—dijo dulcemente el Padre Faujas.—Ya se arrodillará usted ante Dios.

La ayudó a levantarse y se sentó a su lado. Después, en voz baja, hablaron largamente. La noche había cerrado por completo, y las mariposas esmaltaban con sus puntos de oro las negras profundidades de la iglesia. Sólo el murmullo de sus voces ponían un estremecimiento ante la capilla de Santa Aurelia. Se oía fluir largamente la abundante palabra del sacerdote, sin detenerse, después de cada respuesta débil y entrecortada de Marta. Cuando por fin se levantaron, el Padre pareció negar una gracia que ella le pedía encarecidamente, y la llevó hacia la puerta, elevando la voz:

—No; no puedo, se lo aseguro—dijo.—Es preferible que tome usted al Padre Bourrette.

—Yo necesito los consejos de usted—murmuraba Marta suplicante. Me parece que con usted todo me sería más fácil.

—Se engaña usted—repuso él con voz más ruda.—Por el contrario, temo que mi dirección le fuera a usted perjudicial al principio. El Padre Bourrette es el sacerdote que usted necesita, créame... Más tarde quizá le dé otra respuesta.

Marta obedeció. Al día siguiente, las devotas de San Saturnino se quedaron en extremo sorprendidas al ver a madame Mouret arrodillada ante el confesionario del Padre Bourrette. Dos días después no se hablaba en Plassans más que de aquella conversión. El nombre del Padre Faujas fué pronunciado con maliciosas sonrisas por algunas personas; pero, en resumen, la impresión fué excelente, y en beneficio del cura. Madame Rastoil felicitó a madame Mouret en plena junta; madame Delangre quiso ver en ello una primera bendición de Dios, que recompensaba a las damas patrocinadoras por su buena obra, tocando el corazón de la única de ellas que no practicaba; y madame de Condamin dijo a Marta cogiéndola aparte:

—Amiga mía ha hecho usted muy bien; eso es necesario para una mujer. Además, la verdad es que en cuanto una sale un poco, hay que ir a la iglesia.

Sólo se asombraron de la elección del Padre Bourrette. El digno señor no confesaba casi más que a las niñas. Aquellas señoras le hallaban "tan poco divertido"... En el jueves de los Rougon, antes de que llegara Marta, se habló en un rincón

del salón verde, y madame Paloque fué la que, con su lengua de víbora, dió con la frase definitiva de aquella chismografía.

Cuando llegó Marta aquella noche, su madre le salió al encuentro, besándola con cierta afectación delante de la gente. Ella también se había reconciliado con Dios, al día siguiente del golpe de Estado. Parecióle que el Padre Faujas podía aventurarse a entrar ya en el salón verde; pero el cura se excusó, hablando de sus ocupaciones, de su amor a la soledad. Madame Rougon creyó comprender que estaba preparando una entrada triunfal para el siguiente invierno. Por otro lado, los triunfos del cura crecían. En los primeros meses no había tenido por penitentes más que las devotas del mercado de hierbas que hay detrás de la catedral, vendedoras de verdura, cuyo "patois" oía tranquilamente, sin comprenderlo siempre, en tanto que ya, y sobre todo desde el ruido ocasionado por la obra de la Virgen, veía, los martes y los viernes, todo un círculo de señoras en traje de seda arrodilladas alrededor de su confesionario. Cuando Marta hubo contado ingenuamente que el Padre no la había querido, madame de Condamin dió un golpe; abandonó a su director, el primer vicario de San Saturnino, a quien desesperó tal abandono, y se pasó ruidosamente al Padre Faujas. Tal campanada aseguró a éste definitivamente en la buena sociedad de Plassans.

Cuando Mouret supo que su mujer se confesaba, dijo sencillamente:

—¿Con que haces algo malo ahora, que necesitas contar tus cosas a una sotana?

Por otra parte, en medio de toda aquella agita-

ción piadosa, Mouret pareció aislarse, encerrarse más en sus costumbres, en su estrecha vida. Su mujer le había reprochado que se hubiese quejado de ella.

—Tienes razón, hice mal—había respondido.—No hay que dar gusto a los demás contando los pesares de uno... Te prometo que no daré otra vez a tu madre ese placer. He reflexionado. Ya puede caérseme la casa sobre la cabeza, que no volveré a lloriquear delante de nadie.

Y desde entonces, en efecto, había tenido respeto a su matrimonio, no disputando con su mujer delante de nadie, y diciéndose como antes el más feliz de todos los hombres. Este esfuerzo de buen sentido le costó poco, pues entraba en el cálculo constante de su bienestar. Hasta exageró su papel de burgués metódico, satisfecho de vivir. Marta no comprendía sus impacencias más que por sus pataditas más vivas. Mouret la respetaba durante semanas enteras, asaetando a Rosa y a sus hijos con sus burlas, riñéndoles desde por la mañana hasta por la noche, por los menores pecadillos. Si ofendía a Marta, era casi siempre con maldades que sólo ella podía comprender.

No era más que económico y se volvió avaro.

—Es una locura—gruñía,—gastar el dinero como lo hacemos. Apuesto a que todo se lo das a tus desarrapadas. Bastante haces con perder el tiempo... Oye, hija mía, te daré cien francos mensuales para la comida. Si quieres absolutamente dar limosnas a quienes no la merecen, sacarás el dinero de tu vestir.

Y se mantuvo en sus trece; al mes siguiente, negó unas botinas a Marta, con pretexto de que le

desnivelarían las cuentas y de que ya se lo había prevenido. No obstante, una noche su mujer le encontró llorando amargamente en la alcoba; toda su bondad se conmovió; le abrazó y le suplicó que le contase su pena. Pero él se desasíó brutalmente, diciendo que no lloraba, que tenía jaqueca y que por eso tenía los ojos encendidos.

—¿Crees—gritó,—que soy tan tonto como tú para llorar?

Marta se sintió herida. Al día siguiente, fingió él una gran alegría. Algunos días después, al acabar de comer, cuando había bajado el Padre Faujas y su madre, se negó a jugar la partida de tute. No tenía la cabeza para juegos, dijo. En los siguientes días, echó otros pretextos, de manera que las partidas cesaron. Todos bajaban a la terraza, y Mouret se sentaba frente a su mujer y al cura, hablando, buscando ocasiones de tomar la palabra, que conservaba el mayor tiempo posible; en tanto que madame Faujas, a algunos pasos de distancia, se mantenía en la sombra, muda, inmóvil, con las manos sobre las rodillas, semejante a una de esas figuras legendarias que guardan un tesoro con la fidelidad de una perra agachada.

—¿Qué hermosa noche, verdad?—decía Mouret cada día.—Se está mejor aquí que en el comedor. Hacían ustedes bien en venir a tomar el fresco... ¡Miren, una estrella fugaz! ¿Ha visto usted, señor cura? Me han dicho que eso es que San Pedro enciende la pipa allá arriba.

Se reía. Marta permanecía grave, molesta por las burlas con que Mouret estropeaba el ancho cielo que se extendía ante ella, entre los perales del señor Rastoil y los castaños de la subprefectura. A veces Mouret fingía ignorar que su mujer

practicaba ya; cogía aparte al cura, y le decía que contaba con él para lograr la salvación de toda la casa. Otras veces, no comenzaba una frase sin decir con tono de buen humor: "Ahora que mi mujer se confiesa..."; después, cuando estaba cansado de este eterno asunto, escuchaba lo que se decía en los jardines contiguos; reconocía las voces que se oían en ellos, llevadas por el tranquilo aire de la noche, en tanto que a lo lejos se extinguían los últimos ruidos de Plassans.

—Esas—murmuraba prestando oído hacia el lado de la subprefectura,—son las voces del señor de Condamin y del doctor Porquier. Deben de burlarse de los Paloque... ¿Han oído ustedes el falsete del señor Delangre, que ha dicho: "Señora, deberían ustedes entrar, que el aire se pone fresco"?

Y se volvía hacia el lado del jardín de los Rastoil.

—No hay nadie—continuaba.—No oigo nada... ¡Ah, sí! Las pavisosas de las niñas están delante de la cascada. Parece que la mayor masca piedras al hablar. Todas las noches están un hora larga diciendo sandeces. Y sin embargo, si se confían las declaraciones que les hayan hecho, pronto acabarán... ¡Ah! Ahí están todos. El Padre Surin, que tiene voz de flauta y el Padre Fénil, que podría servir de carraca el viernes santo. En ese jardín se amontonan a veces veinte personas sin mover ni un solo dedo. Creo que se ponen ahí para escuchar lo que decimos.

A toda esta charla, el Padre Faujas y Marta respondían con frases cortas cuando directamente les preguntaba. Ordinariamente, levantando el rostro, perdida la vista, estaban juntos en otra

parte, más lejos, más arriba. Una noche, Mouret se durmió. Entonces, lentamente, se pusieron a hablar; bajaban la voz, aproximando las cabezas. Y a algunos pasos de ellos, madame Faujas, con las manos sobre las rodillas, ensanchadas las orejas, abiertos los ojos, sin oír, sin ver, parecía custodiarles.